

dida de lo que este artículo corre. Nadie se cuida de un alfiler; ¿qué importa, qué vale un alfiler?

Un alfiler se da gratis: entrad en las tiendas, pedidlo para reparar cualquier avería de *toilette*, y os lo regalan; os regalan media docena, diez; los necesarios. — Un alfiler no se devuelve. Un alfiler se tira. Un alfiler no tiene precio, porque es despreciable. Otro tanto debe afirmarse de las agujas. Apenas si existe, sobre estos objetos, noción del derecho de propiedad. Las modistas desdénan de tal modo cuidar de las agujas, que se las dejan clavadas en la prenda que os envían del taller. Vais á ponerlos un corpiño, y os hincáis una aguja en el mismo grueso del hombro. Es que la modista no ha creído que merecía la pena de recoger la aguja. Las infelices lavanderas, mil veces, reciben en el mollar de la palma la aguja entera y verdadera, abandonada en la pieza de ropa blanca al coserla ó repararla. Nada vale la aguja... y vale que le tengan que cortar una mano á una desventurada que del trabajo de sus manos vive.

\* \*

Los crímenes de amor, como siempre: no decrecen ni se interrumpen. La primavera no ejerce sobre ellos ningún visible influjo: durante el invierno asaz frío que acabamos de soportar, la sangre ha hecho su oficio igual que si la espolease la subida de la savia. Siguen siendo hermanos, no sólo de padre y madre, sino gemelos, el amor y la muerte—según el dicho del poeta.—El hombre, y fuera más exacto decir «la bestia humana», no conoce mejor ni más eficaz modo de rendir culto á la «diosa del placer» que esgrimir la navaja, apretar el gatillo del revólver, herir, destruir, brutalizar... ¡Miserable especie humana! ¡Como si no tuviese suficientes anarguras, dolores, enfermedades, decepciones y tribulaciones de toda índole!

Tales crímenes, en la juventud, y en este punto del globo, van estrechamente relacionados con la falta de educación y de cultura. El hombre de ciertas capas sociales, en Madrid, está siempre dispuesto á agredir, apenas encuentra obstáculos á su voluntad sin mesura. No hay entre tales gentes discusiones, sino disputas; no hay requerimientos, sino acosones; no hay observaciones, sino reproches é injurias. Esta disposición puntillosa, colérica y acometiva, aplicada á cuestiones de tan peliaguda psicología como las amorosas, y comprenderéis que tienen desenlace los conflictos en la navaja, la pistola, el palo y los dedos alrededor del pescuezo. La dulce poesía del sufrimiento resignado y silencioso; la delicadeza del alejamiento cuando lo impone la altivez de un sentir profundo; la magnanimidad del perdón que desdén la venganza; todo lo fino y lo hondo de la pasión herida en almas bien templadas y nobles..., no pueden conocerlo estas gentes incultas y agudas á la vez, empapadas de vino y lascivia, parroquianas de los teatros *sicalépticos*, dicharacheras, mofadoras, juerguistas por temperamento, que llevan la chulería en las venas y la soberbia zafia en el habla y en la acción. Salud á pie y recorred, sin objeto, las calles céntricas: observad, y los candidatos al crimen pasional se os presentarán ante la vista, envueltos en la capita que mañana mismo llevarán á la casa de empeños, no para atender al enfermo de la familia, no para pagar deudas apremiantes, sino para el coqueo y para convidar á sus daifas al café y á Price... Notad como, en esa esquina, dialogan uno de capita y gorra ladeada, y una de pobre mantón y complicado moño... El diálogo se anima: él alza la mano y descarga bofetón redondo... Ella titubea, llora, luego ríe..., ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos ó de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarras las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica... ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen! La bofetada anuncia la muerte; y las emplazadas, sin embargo, media hora después de haber recibido en la mejilla el golpe y el insulto, se cuelgan del brazo del ofensor y se van con él á celebrar los chistes de una obreja teatral, donde quizás ven reproducida, en broma, la escena en que acaban de ser protagonistas...

\* \*

El chiste es la otra faz de la vida toscamente disipadora de una parte de la población madrileña. El chiste ha llegado á ser una plaga, una enfermedad social. Y entendámonos, para que no se me atribuya el propósito de «matar la alegría». El chiste, al menos el que por aquí se gasta generalmente, se parece á la gracia y á la discreción como puede parecerse á la sonrisa la mueca. Muecas, contorsiones y visajes

del espíritu atontado son los chistes que oímos dondequiera. Son fúnebres como sepultureros beodos. A la verdad, nada escasea tanto como las personas oportunas, y cuando trescientas mil personas se echan diariamente á la calle resueltas á decir sus correspondientes chistes, lo que sobreviene es un chaparrón, infalible, de necedades, frialdades y despropósitos.

En el afán del chiste, los desabridos y sosainas echan mano de lo primero que encuentran. Pasa una persona hablando con otra, y el gracioso por obligación recoge la última palabra que les oye cruzar, y la repite en voz alta, irónicamente; sencillo sistema, de infalible efecto. Decía, por ejemplo, el transeunte:

—Sí, ya va mejorando, desde que toma el jarabe...

Y el gracioso, exaltado, chillaba:

—¡Jarabe, jarabe, olé! ¡Que les den jarabe, que les den jarabe á esos!

Dos ó tres inteligentes espectadores corean con carcajadas el divertidísimo y discretísimo comentario, y el chistoso queda encantado de sí propio y bendiciendo la hora en que nació.

Pasan momentos después dos señoras, en vivo diálogo de trapos. Una de ellas murmura:

—No, lo que debe llevar al borde de la falda...

Y salta el gracioso, cazando al vuelo el tema y apretando la inteligencia:

—¡La falda! ¡La falda! ¡Olé las faldas, olé, jamona!

¿Quisté al borde de la falda yevarme á mi cosío? (Aquí, un ronquido picaresco.)

De este género, corte y casta son los chistes que nos infestan, caro lector... ¿No es cierto que dan ganas de convertirse en una de esas ninfas mitológicas que se deshicieron de tanto llorar, hasta que quedaron convertidas en arroyos ó en ríos?

\* \*

¿Pues y los colmos y las semblanzas?

Si Dios no lo remedia, el meollo de todo Madrid será en breve una espuerta de serrín mojado, que pesa más que el seco...

No se puede entrar en una casa, en un círculo, en un teatro, sin que os salte á la garganta la semblanza ó el colmito.

¿En qué se parece un pescado á un bastidor de bordar? ¿Y un freno de un caballo á un real decreto? ¿Y una choubersky á las piernas de las bailarinas del Real? ¿Y un higo chumbo á las monjas Salesas? ¿Y los cheques del Banco á la domadora de leones? ¿Y María Guerrero á la chimenea de una fábrica? ¿Y los obispos á los veterinarios? ¿Y una muñeca articulada al último eclipse? ¿Y dos cacahuets á la *Walkiria* de Wagner? ¿Y Su Santidad Pío X al restaurant de Novelty?

¿Cuál es el colmo de la buena educación? ¿Y el del aburrimiento? ¿Y el del cariño? ¿Y el de la riqueza? ¿Y el de la civilización? ¿Y el de la sicalipsis? ¿Y el de la habilidad? ¿Y el de la cortesía? ¿Y el de... etcétera, etcétera?..

\* \*

Pasa con esto de los colmos y semblanzas lo que con los donaires: para uno regular, hay doscientos mil en que brilla la más inefable estupidez. Una población en que abundan los desocupados, los inútiles, los ociosos temperamentales; en que la moda impone el chiste; en que no es persona regular el que no *chiste*; en que el ingenio se mide con la vara del colmo, la semblanza y el retruécano, va á convertirse en uno de esos bosques de Oceanía poblados de mosquitos, más ó menos infecciosos, que unos envenenan y otros pican solamente, pero todos hostigan, marean y molestan al mísero y descuidado viajero. Antaño hubo en Madrid graciosos profesionales: Correa fué uno de ellos. Hogaño es chistoso hasta el golfillo que os pide limosna haciendo agudezas punibles y tratando de arrancaros, envuelta en la risa, la moneda. La menegilda, al presentar el cesto de la compra, suelta un chiste; el carbonero, al arriar el negro saco, alardea de festivo humor; el acomodador del teatro no omite la jocosidad; el horterero os vende cinta y galón y os regala donaire; el simón tiene «sus caídas»; el guardia de orden público filosofa humorísticamente; el joven náufago «del vapor Lila» se pone á sí mismo en agradable solfa... Es una delicia ver cómo se ha desestancado y repartido por igual entre todas las clases y esferas el tesoro de la sal, antes patrimonio de unos pocos. Y entre tanta risa como nos cae del cielo..., nos sentimos devotos de Heráclito, encargamos pañuelos de un metro en cuadro y pedimos á la botica acibar, porque la ictericia será en breve más epidémica que la gripe...

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os habéis fijado alguna vez en cómo las necesidades se multiplican mediante la civilización? Robinson Crusoe, en su isla, se valía para coser de una espina aguada. En nuestro existir moderno, la mujer más humilde y pobre necesita urgentemente alfileres, horquillas y agujas. Y la fabricación y venta de estos artículos constituye un ramo importantísimo de la industria, y su adquisición es un renglón del presupuesto..., excepto para las criadas de servir, que se sirven del costurero y el tocador de sus amas.

\* \*

Lo más económico, en materia de alfileres, es hacerlos de perlas ó de oro, porque así se tiene cuidado de no perderlos. Lo más económico en materia de horquillas es la horquilla de concha rubia legítima, que cuesta quince ó veinte francos: entonces se procura conservar siempre el juego completo, recogiendo las cuidadosamente todas las noches. Algo semejante puede decirse de la vajilla y servicio de mesa de plata: salen baratos, á la larga, porque no se rompen. No hay utensilio más caro que una copa de cristal: al cabo de tres ó cuatro años de reponer cristalería, habríais hecho de plata la copa. Con las horquillas del pelo sucede igual: las haríais hasta de diamantes si pusieseis el valor de las que se os han perdido en vuestra vida. Un paquete de horquillas desparece en ocho ó diez días; y venga otro, y otro, y otro, sin cuento. ¿Cuál es el paradero de las horquillas? ¿Van al polvo, ó al moño de las sirvientas? No se sabe. Desaparecen, se evaporan, se disipan. Otro tanto ocurre con los alfileres. Yo los compro por kilos —en Francia se venden así, al peso— y estoy sorpren-